

CONFERENCIA

DADA EN EL

ATENEO DE MADRID

A INVITACIÓN DE LA

«LIGA ANTICLERICAL ESPAÑOLA»

EL 22 DE FEBRERO DE 1912

POR EL DOCTOR

MAGALHÃES LIMA

Senador de la República portuguesa.

Edición del Gr.: Or. . Español.

MADRID

IMPRESA DUCAZCAL

PLAZA DE ISABEL II, NÚM. 6

1912



EL LIBRE PENSAMIENTO INTERNACIONAL

SEÑORES:

Antes de pronunciar mi conferencia, debo advertir lealmente que no me trae á este sitio el prurito de hacer una obra tendenciosa, sino solamente de principios y de aspiraciones, una obra de ciencia, de ese gran poder espiritual que reúne á los hombres en un lazo de amor y de fraternidad, objeto predilecto de las luchas que he sostenido durante toda mi vida.

Por otra parte, basta la galantería con que las Sociedades científicas y literarias de España me abren sus puertas para que yo comprenda mi situación.

Estoy en un campo neutro. Aquí se manifiestan todas las opiniones, lo que es una razón para que no se ofenda á ninguna.

Como demócrata de verdad, como Senador de la República portuguesa, y, permitidme decirlo, como persona educada, he de exponer mis ideas, sin adular á los amigos ni molestar á los adversarios. Me hallo entre compatriotas. Todos pertenecemos á la misma patria moral é intelectual.

Nuestra obra.

Atravesé, hace aún poco tiempo, la Italia, no para admirar sus ruinas, su Capitolio, que fué la fortaleza de los Césares y que es hoy la ciudadela del libre pensamiento, sino para auscultar su corazón, donde palpitan, como en un inmenso laboratorio, el genio latino, la vida moderna, con todas sus variadas modalidades, la industria, las artes, y, sobre todo, la ciencia del derecho, reveladora de una alta mentalidad en los pueblos que la cultivan.

Recorrí Suiza, no á la manera del *touriste* infatigable, escalando sus montañas, centinelas, vigilantes de la libertad y descendiendo á sus lagos, poético refugio de los amantes, sino, para fortalecer, para tonificar mi espíritu en el baño de luz de sus escuelas modelo y de sus instituciones cívicas.

Visité la Francia, no para postrarme como un fetiquista ante sus ídolos, delante de las, imágenes de Juana de Arco ó de Napoleón I, sino para celebrar el benéfico influjo de su, cosmopolitismo humanitario que, desde la memorable fecha de la proclamación de los derechos del hombre, llegó hasta nuestros, días engrandecido y glorificado.

Viajé por Inglaterra, no para admirar su actividad comercial, sino estudiando sus costumbres, como elemento primordial de la civilización de un pueblo.

En Bélgica conocí el poder de sus cooperativas y el espíritu de solidaridad que las vivifica. En Alemania comprobé con placer que, ante la ola arrolladora de la democracia, son

inútiles, impotentes, todos los esfuerzos intentados por los apologistas del derecho divino y de la plutocracia.

De todo cuanto vi, admiré y recogí en mi espíritu, quedóme la profunda é inextinguible impresión de que los pueblos, de uno á otro extremo del Universo, de Oriente á Occidente, se dan la mano en un impulso universal é irresistible de amor, de concordia y de fraternidad, como queriendo significar que, ni las corrientes del océano, por impetuosas que sean, ni la mole inmensa de las montañas más elevadas, podrán ser en ningún tiempo un obstáculo á la marcha de la civilización triunfante.

Regocijémonos ante este admirable espectáculo, en que todo se transforma, todo se depura, y todo se renueva al soplo potente del huracán que barre de la atmósfera miasmas venenosos. Porque así como hay abismos malos y abismos buenos, aquellos donde el mal se despeña, así también hay huracanes á través de cuya furia tenebrosa se entrevé el rayo de sol, del mismo modo que del carbón se extrae el diamante.

Encuéntrome en España, de tradiciones hidalgas y caballerescas, la patria gloriosa del Cid, la España que dió á Roma Trajano, el más simpático de sus emperadores y á la literatura universal el Quijote, una de sus más bellas ficciones; España, que tiene en Velázquez el primero, el más auténtico, el más legítimo de sus representantes en el mundo del arte; y yo no creo, no puedo creer, que la noble, la altiva España de otro tiempo, quiera, por una incomprensible resistencia á

las aspiraciones modernas, envolverse egoístamente en el pesado manto de sus tradiciones, desconociendo que los pueblos no viven exclusivamente de su pasado y tienen ante la Historia responsabilidades de que no pueden eximirse.

Y efectivamente, el indulto concedido á los condenados por los sucesos de Cullera, prueba que España vive en el concierto de los pueblos civilizados. Este hecho nos ha convencido de que la pena de muerte, con su séquito siniestro, está próxima á desaparecer entre vosotros.

Semejante victoria es tanto más digna de glorificarse, cuanto es cierto que hay Repúblicas donde infelizmente se alza todavía el cadalso, tan infamante y oprobioso para la Humanidad.

Está en el presente y no en el pasado nuestra obra. El mundo entró en una fase enteramente nueva. El pasado no volverá.

La reacción, verdadera enfermedad mental, impide á los hombres ver y oír; sentados á la puerta de los cementerios, olvidan el mundo vivo, llorando sobre las tumbas que nunca más han de abrirse.

¿Por qué habéis venido hoy aquí, trayéndome la ofrenda de vuestro cariño y la delicada manifestación de vuestra solidaridad? ¿Vinisteis á ensalzar un hombre? Nó. Vinisteis á celebrar la idea que en él encarna. ¿Vinisteis á festejar á la persona? Nó. El culto de las personalidades, por muy poderosas que sean, convierte los hombres en esclavos. Venís á festejar al librepensador, al viejo republicano que, á través de los años y de las más

variadas vicisitudes, nunca dejó de luchar por las conquistas de la Libertad y del Derecho. Venís á celebrar el ideal moderno, en su triple manifestación de Belleza, de Verdad y de Justicia.

El racionalismo.

Antes de todo, conviene definir el espíritu laico y el espíritu racionalista, el anticlericalismo y el libre pensamiento. Ser laico, según Lavissee, no es limitar el pensamiento humano al horizonte visible, ni prohibir al hombre el sueño y la perpetua investigación de Dios: es reivindicar para la vida presente el esfuerzo del deber.

Ser laico no es violentar, despreciar las conciencias, todavía absortas en el encanto de las viejas creencias; es recusar á las religiones que pasan, el derecho de gobernar á la humanidad que permanece.

Ser laico no es odiar á tal ó cual iglesia ó á todas las iglesias conjuntamente; es combatir el espíritu de odio esparcido por las religiones, que fué la causa de tantas violencias, asesinatos y ruinas.

Ser laico no es consentir el sometimiento de la razón al dogma inmutable, ni la abdicación del espíritu humano ante lo incomprendible; es no tomar partido por la ignorancia.

Ser laico es reconocer que la vida merece ser vivida; amar la vida, rechazar la definición de la Tierra, como un valle de lágrimas, no admitir que las lágrimas sean necesarias y beneficiosas, ni que el sufrimiento sea providencial; es no tomar partido por la miseria.

Ser laico no es entregar á un juez, que sentencia después de la vida, el cuidado de satisfacer á los que tienen hambre, de dar de beber á los que tienen sed, de reparar las injusticias y de consolar á los que lloran; es dar la batalla al mal en nombre de la justicia.

El racionalismo acepta la neutralidad en materia religiosa como el sistema laico. Mas posee una concepción superior filosófica de todas las nociones sociales, tales como la de la familia, la de la patria, la de la humanidad, aplicándolas el criterio emancipador.

El anticlericalismo no tiene sino un fin: combatir el clericalismo, en tanto que el libre pensamiento, según la definición de Fernando Buisson, no es una doctrina, sino un método; no depende de lo que se afirma ó de lo que se niega, refiérese únicamente á la manera como se afirma ó como se niega. El libre pensamiento no impone ni excluye una opinión ó un sistema; exige que cada cual adquiriera el compromiso de formar sus convicciones, después del examen personal, según su conciencia y su razón.

Aquel que mantiene ese compromiso es un librepensador, cualquiera que sean las conclusiones á que llegue.

Teísmo ó ateísmo, espiritualismo ó materialismo, dualismo ó monismo, tienen igualmente derecho de ciudad en el libre pensamiento. Es preciso, dice Gabriel Séailles, que se pueda creer en Dios sin ser tratado como un imbécil, ó se pueda ser ateo sin pasar fama de malvado.

El anticlerical puede ser un sectario, lo que no sucede con el librepensador.

Mientras el anticlerical profesa una doctrina, fuera de la cual no hay salvación, el librepensador sigue siempre una idea ó un raciocinio. No pretende sustituir un dogma por otro dogma, ni una religión por otra religión; lo que él quiere, lo que procura, es libertar los espíritus y emancipar las conciencias.

Sobre esta base nos apoyamos los librepensadores portugueses para hacer una revolución, que nos condujo á un nuevo régimen de derecho, de moral y de justicia. El libre pensamiento es también un método político, moral y económico, pues sería ilógico proclamar la emancipación política y no proclamar al mismo tiempo la emancipación moral, económica y religiosa. Y pues el libre pensamiento representa una obra de justicia y de emancipación, es también internacional.

A la emancipación del individuo corresponde lógicamente la emancipación de la familia; á la emancipación de la familia, la de la sociedad; á la de la sociedad, la de los pueblos; á la emancipación de los pueblos, la de la Humanidad. En estos términos se concretan y resumen todas las tendencias de nuestra época.

Es un absurdo suponer que sea el libre pensamiento una violencia que se opone á otra violencia. El libre pensamiento no impone á nadie el *crede* ó *mueres*, como lo hacen las religiones reveladas; no dice á nadie: «¡Calla!» Al contrario, dice á todos: «Hablad!» Nadie tiene el derecho ni el poder de imponer una doctrina filosófica ó religiosa. A nadie puede imponerse la obligación de amar al Dios de los católicos más que al de los judíos

ó al de Mazzini, así como nadie tuvo todavía el capricho de legislar, en materia de amor, imponiendo la obligación de amar á las rubias más que á las morenas, ó viceversa. El libre pensamiento tiene su creencia personal; mas consagrando el principio de la tolerancia en su mayor pureza y en su más grande elevación, respeta la creencia sincera de todos los individuos, aunque combatiendo sin tregua, ni reposo, la superstición, socializada, convertida en un elemento de coacción y fortificada por los privilegios. Si procuramos un ideal social que no sea sólo teórico, sino práctico, debemos convenir en que, para su aplicación, es necesario, es forzoso respetar la conciencia individual y mantener una estrecha solidaridad con nuestros semejantes.

Una de las razones por que me hice librepensador, fué para no vivir en una atmósfera de mentira que me asfixiaba y me volvía indigno de mí mismo. Fué, pues, en nombre de la propia dignidad, que constituye la autonomía de la persona humana, base de toda la jerarquía social, por lo que me hice republicano y librepensador.

El racionalismo es, principalmente, un movimiento nacido de la sinceridad de las conciencias, que combate por igual los fetiches y los idólatras, porque coloca por cima de las personas el principio regulador de las sociedades. La democracia es impersonal; no ve hombres, ve ideas.

Espíritu emancipador.

Lo que distingue al librepensador del dogmatismo teológico y metafísico, es que éste considera al hombre aisladamente, al hombre esclavo, al hombre autómatas, al hombre máquina, al hombre moralmente enfermizo, al hombre ser pasivo é inconsciente, al paso que aquél considera á la humanidad en su conjunto, á la humanidad como ser pensante, consciente y activo, á la humanidad en su unidad espiritual, no sólo á la humanidad, considerada bajo su aspecto material, á la humanidad que se manifiesta en las antiguas catedrales góticas que se yerguen altivas en la serena majestad de sus torres puntiagudas, como amenazando el espacio; á la humanidad que se revela en la navegación marítima, en los caminos de hierro, en los teléfonos, en el telégrafo sin hilos, en el automovilismo, en los grandes canales que aproximan los mares, en los túneles que perforan las montañas; no sólo á la humanidad que se manifiesta en la electricidad, cuya causa se desconoce, subyugando las fuerzas de la naturaleza; á la humanidad que descubrió el globo dirigible, proclamando la paz universal; á la humanidad que, transformando al hombre en ave, inventó el aeroplano, destinado á borrar las fronteras, sino también á la humanidad que se revela en su marcha ascensional y luminosa, en su evolución lenta, mas segura, en una aspiración común, en un mismo ideal, en la misma justicia, en la misma moral, en el mismo culto de la razón y de la dignidad humana, en el mismo espíritu emancipador.

En las grandes construcciones desaparecen los nombres de los obreros que en ellas trabajan. Y, cuando la gente contempla el mar y lo celebra y canta y admira, no recuerda una á una, aisladamente, las miríadas y miríadas de olas que lo forman. Ve la fuerza, la grandeza, la majestad de su conjunto. Así debe ocurrir entre nosotros en este mar de nuestros elevados ideales.

Pasteur dice: «Creo en la ciencia y en la paz; creo que han de triunfar de la guerra y de la ignorancia y por eso creo que el porvenir ha de pertenecer á los bienhechores de la humanidad.»

Un hecho reciente lo prueba. Con ocasión del naufragio del vapor *República*, un modesto empleado de la telegrafía sin hilos, á pesar de conocer que el buque iba zozobrando por momentos, no abandonó su puesto y, á costa de esfuerzos inauditos, consiguió que sus señales fuesen entendidas por otros barcos que navegaban en alta mar á una gran distancia, salvando así cerca de mil personas. Estos son los verdaderos héroes de nuestro tiempo.

Así como los adelantos en la construcción del armamento han de hacer imposibles las guerras en un porvenir más ó menos próximo, así también los progresos materiales han de hacer á la humanidad moralmente superior é invencible en un futuro que no está lejano.

A pesar del duelo formidable de razas en la humanidad, de patrias en cada raza, de clases en cada patria, de individuos en cada clase, es lo cierto que alguna cosa queda por

cima de las pugnas personales, estériles y disolventes de los partidos, del choque de ambiciones y de egoísmos que llevan los hombres hasta el crimen. Es la conciencia social, la conciencia colectiva, que no conoce reyes, ni emperadores, ni papas, ni obispos, ni arzobispos, ni dictadores; la conciencia humana, que tan brillantemente describe Víctor Hugo en aquella mirada intensa, fija, inmóvil, luminosa, que por todas partes, en todos los momentos, perseguía á Caín, el fratricida, así como persigue á todos los criminales.

Si es ser malhechor, escribe Sebastián Faure, el autor de *El dolor universal*, querer el fin de la miseria, de la ignorancia y de las guerras; si es ser malhechor preparar el advenimiento de una sociedad de concordia, de saber, de abundancia y de armonía, nosotros somos malhechores, aceptamos el epíteto, y reivindicámosle con orgullosa dignidad.

Abandonen los adversarios la esperanza de desarmarnos; no somos de aquellos á quienes se intimida ni á quienes se corrompe.

El espíritu de independenciamiento desenvuélvese y fortifícase en el seno de las nuevas generaciones; un soplo de emancipación comienza á dar vida á este desierto. El esclavo quiere conquistar su lugar de hombre libre.

Ciertamente queremos ser dichosos, mas ya que es posible, queremos que lo sean todos, porque no podríamos reír cuando los otros llorasen, cantar cuando gimiesen los demás. Hé aquí lo que queremos, con todo el poder de nuestra firmeza, con toda la energía de nuestra perseverancia.

Lo que hemos combatido.

Lo que hemos combatido y seguiremos combatiendo con todas nuestras fuerzas, es el fanatismo, ese delirio crónico, que sólo ha servido para fomentar la guerra civil, para desunir las familias, para llenar de desgraciados los hospitales.

Lo que hemos combatido y continuaremos combatiendo con todas nuestras fuerzas, es el clericalismo estúpido, la muerte moral del individuo, la mutilación del ser humano, que constituye el peligro negro, el mayor peligro social, que llevó á Gambetta, en un impulso del alma, á exclamar con aplauso de la Europa civilizada: «*¡El clericalismo, hé ahí el enemigo!*»

Lo que hemos combatido y continuaremos combatiendo con todas nuestras fuerzas, es la acción subterránea del clericalismo, que no puede ni debe confundirse con la acción religiosa, como tan nítidamente acaba de expresarlo, en una de sus notables conferencias, el eminente sociólogo italiano Enrico Ferri:

«Es inútil que vengan á decirnos que ofendemos la religión, cuando combatimos el partido clerical. Cuando en su templo el sacerdote católico ó hebreo, protestante ó musulmán, budhista ó de otro cualquier credo religioso, enseña su religión á los creyentes que quieren escucharle, nosotros, librepensadores, nada tenemos que decir; por el contrario, cúmplenos respetar su sacerdocio. Quien no quiere no va á la iglesia, y queda con su conciencia tranquila.

Mas cuando un sacerdote de una religión, sea la que fuere, sale de su iglesia y viene al terreno de las luchas políticas, rebajando, tal vez, la nobleza de su fe religiosa, haciendo de ella instrumento de lucha electoral, política ó económica, entonces nosotros tenemos el derecho de combatirle, porque no combatimos el sentimiento religioso, ni la fe, combatimos á un partido político que no puede tener el privilegio de la impunidad sólo porque se coloque á la sombra de la bandera respetable de una creencia religiosa.»

Lo que hemos combatido y continuaremos combatiendo con todas nuestras fuerzas, es el *Ultramontanismo*, que se manifiesta bajo diversos aspectos, todos contrarios á la razón, á la moral y á la naturaleza.

Lo que hemos combatido y continuaremos combatiendo con todas nuestras fuerzas, es la *Reacción*, cualquiera que sea la forma que revista, la *Intrusa* de Metterlink, terrible sombra invisible, que muchas veces está dentro de nosotros, sin que nos apercibamos, que nos sigue de cerca como un espía disfrazado, que con una espada cortante fuerza la puerta de nuestra casa, revuelve nuestros papeles, penetra en el seno de nuestras familias y de nuestras conciencias.

Lo que se impone es expulsar el prejuicio y sustituirlo por una conciencia esclarecida.

¿Quién hace mayor número de víctimas? ¿El hombre servido por un arma homicida, ó la naturaleza en su furia destructora? ¿El cólera, que flagela una nación durante meses, ó la inquisición, que duró siete siglos en Europa? ¿El tirano, que infesta una región durante

semanas, ó el fanatismo, que domina todavía una parte del mundo?

El libre pensamiento internacional.

El libre pensamiento es una nueva Internacional que comprende los trabajadores intelectuales del mundo entero, un número incalculable de jefes de Estado, hombres políticos, publicistas, oradores y millones de adheridos, esparcidos por toda la superficie del globo. Las ideas racionalistas avanzan á pasos de gigante, no sólo en los cerebros de los librepensadores, sino también en la conciencia de los propios sacerdotes.

La eliminación progresiva de las ideas dogmáticas y metafísicas ha producido los mejores resultados en el dominio político y social.

El absolutismo teocrático retrocede cada vez más, y tanto los individuos como las nacionalidades se elevan á la noción de sus derechos y de sus deberes, constituyendo una mentalidad emancipada de todos los prejuicios y de todas las supersticiones.

No hay sólo ejércitos en marcha: también hay pueblos en marcha. Y sólo una victoria es beneficiosa al mundo, la victoria del derecho, de la ciencia, la victoria del pensamiento. De la Enciclopedia nació la Revolución francesa; de la filosofía positivista nació la República brasileña.

Sólo las revoluciones del derecho son definitivas: la que emancipó á Holanda en el siglo XVI; la que renovó á la Inglaterra en el siglo XVII; la que organizó las colonias anglo-americanas en el siglo XVIII; las que hicieron

en el siglo XIX América latina, Bélgica, Italia y Grecia.

En Inglaterra, el librepensador es el individuo emancipado de la creencia de la religión relevada. Todos los librepensadores son, pues, anticlericales. Su organización puede considerarse bajo tres diversos aspectos, que corresponden á los tres grupos existentes: *secularistas*, *racionalistas* y *éticos*, ó miembros de las Sociedades de ética. Como la moral es humana, social, intelectual, económica en sus relaciones, y la religión es celeste, quimérica y sobrenatural, estas Sociedades conviértense en otros tantos focos de libre pensamiento. Esta noción de la moral es lo que caracteriza principalmente á la sociedad inglesa.

El libre pensamiento es uno de los términos más populares en todas las clases sociales de Alemania. Librepensadores llámanse, en las conversaciones particulares, todos aquellos que tienen la ambición de mostrarse liberales y modernos, lo mismo en cuestiones de política, de religión ó de educación, que en materia de arte ó de literatura. Y esto es fácil de comprender en el país de Lessing, de Hegel, de Kant, de Schiller, de Goethe, de Feurbach.

En Alemania, según una estadística, hay 33.570.000 protestantes, 20.180.000 católicos y 620.000 israelitas. Si hubiésemos de dar crédito á la realidad de la conciencia religiosa del pueblo alemán, revelada por estos datos, creyendo firmemente en la leyenda de su religiosidad fervorosa, resultaría la impresión de un pueblo dividido por sus creencias

religiosas, pero unido, profundamente caracterizado, por la sinceridad y el fervor de sus respectivas creencias. Pero no sucede tal cosa; si los que le han observado directamente no mienten, no se puede concebir en la realidad pueblo más irreligioso ó más indiferente que el alemán. Dicen, y lo creemos, que en pocos años evolucionó radicalmente el estado de la conciencia religiosa. No en vano la difusión portentosa de la ciencia abrió un profundo surco en el alma alemana, haciendo retroceder y destruyendo en gran parte los últimos reductos de su proverbial religiosidad.

En Francia se da el siguiente hecho curioso: á medida que disminuye el analfabetismo, aumenta el número de anticlericales. En 1834 había en aquel país 60 por 100 de analfabetos; en 1869, 35 por 100, y actualmente 14 por 100.

La Asociación Nacional de los Librepensores, fundada en 1902, comprende 250 Sociedades con 5.000 adheridos individuales.

La Federación Nacional del Libre Pensamiento, organizada en 1906, tiene 50 Federaciones departamentales y 14.000 socios.

La Asociación Anticlerical de los «Lanterniers» comprende 800 grupos.

Hay 24 periódicos diarios exclusivamente anticlericales y 400 semanales en París, en las provincias y en las colonias.

La Federación Internacional del Libre Pensamiento, cuyo domicilio está en Bruselas, que liga entre sí las más importantes organizaciones del Libre Pensamiento de todo el mundo, data de 1880 y fué fundada en aque-

lla ciudad por hombres que pueden y deben ser considerados como las más puras glorias de la Humanidad, tales como César de Paepe, uno de los fundadores del partido socialista belga; Carlos Bradlaugh, que dos veces fué expulsado violentamente de la Cámara de los Comunes por negarse á prestar juramento; D. M. Benett, Luis Büchner, Guillermo Liebknecht, Moleschott, Carlos Renouvier, Clémence Royer, Giovanni Bovio, Herber Spencer, Ramón Chías y Carlos Vogt.

Desde su fundación, la Federación Internacional del Libre Pensamiento ha organizado los siguientes Congresos internacionales: de Londres, 1882; de Amsterdam, 1883; Antuerpia, 1885; Londres, 1887; París, 1889; Madrid, 1892; Bruselas, 1895; París, 1900; Ginebra, 1902; Roma, 1904; París, 1905; Buenos Aires, 1906; Praga, 1907, y Bruselas en 1910.

Provocando así un extraordinario movimiento de emancipación intelectual y social va cada vez más arrancando los pueblos del dominio de los dogmas y de las iglesias, haciéndose por eso la mayor fuerza moral del mundo.

La Federación Internacional del Libre Pensamiento abraza todas las Asociaciones y Federaciones nacionales de librepensadores; todas las Sociedades del libre pensamiento; las Logias masónicas; las Universidades populares; las Comunidades religiosas libres; las Sociedades de cultura ética; los Centros de estudios políticos y sociales; las Sociedades positivistas; las Sociedades de cremación; las Sociedades de estudiantes anticlericales;

las Juventudes laicas; los Comités liberales, republicanos, socialistas; en una palabra, todas las agrupaciones que defienden el principio de la libertad de conciencia.

El niño y la mujer.

El niño y la mujer son tan oprimidos y explotados como el hombre. La primera de todas las revoluciones es la revolución del lar, la piedra en que descansa la sociedad.

Mientras no se establezcan en las costumbres y en las instituciones los derechos de la mujer y del niño, no podrá haber una verdadera democracia.

Del derecho á la vida, que es fundamental, derivan lógicamente el derecho al trabajo y el derecho á la instrucción, porque sería ilógico, contradictorio y absurdo que nos fuese dada la vida y no pudiésemos hacer uso de ella, así como sería ilógico, contradictorio y absurdo combatir la tutela política y no combatir, al mismo tiempo, la tutela económica y la religiosa.

¿Dónde está, por tanto, y es este uno de los aspectos más interesantes de la cuestión social; dónde está el derecho de los hijos, preguntaba Clemenceau desde la tribuna del Senado, si el padre es el primero en ejercer violencia sobre el hijo, desde que lo procreó sin su permiso?

Mas, precisamente, y por lo mismo que el hijo vino al mundo independientemente de su voluntad, es por lo que tiene derecho sobre el padre. De modo que el padre no tiene la facultad de alimentarle ó no á su placer, de

instruirle ó no á su talante. Débele jurídica y socialmente la alimentación; débele jurídica y socialmente la instrucción, en proporción á sus recursos.

En materia de enseñanza, el hijo tiene derecho, por lo menos, á la instrucción primaria, y todavía no es esto sólo. Así como al niño le asiste el derecho de no ser sometido físicamente á un régimen corporal que le atrofia los órganos, así también le asiste el derecho de ser sometido á una instrucción racional que le desenvuelva las facultades sin deformarle el cerebro.

Mens sana in corpore sano, decían los antiguos. Y los ingleses, que parecen ser los continuadores de los romanos, hasta por la cara afeitada, que recuerda los antiguos emperadores, comprendieron el aforismo, cuando dicen que es preciso primero formar al hombre por la vida al aire libre, que es el mejor de los sanatorios, para después formar al ciudadano..

Los hijos pertenecen á la República, decía Danton, como si el Estado tuviese el derecho absoluto de disponer de cualquiera. El hijo pertenece, en primer lugar, á sí mismo, y á nadie es lícito esclavizarle, en su cualidad de persona humana. Hay, en efecto, una escuela comunista que, fundando la familia sobre el amor libre y sobre la abolición de la herencia, que en este caso constituiría el tesoro de la educación nacional, entiende que los hijos pertenecen á la Commune, al Municipio. Pero lo más lógico, lo más racional, lo más humano, es que, sin embargo de que el Estado y el Municipio deban ser los defensores de los débiles y de los abandonados, los hijos perte-

nezcan á los padres, y, sobre todo, á las madres, y sólo pertenezcan al Estado ó al Municipio en ausencia de la familia.

El Estado limita el derecho de las madres, es cierto, mas por su turno, la iniciativa individual limita el derecho del Estado, para irle aboliendo poco á poco hasta su completa supresión en un grado de perfectibilidad máxima de la humanidad. Cuanto mayor sea la acción civilizadora, menor será la acción del Estado, de los códigos y de las leyes.

La mujer, habiendo salido de su criminal abandono, entró en la vida social, que hacía mucho tiempo la reclamaba; la mujer entendió que su lugar no debía limitarse á las cuatro paredes de una casa, sino que, al contrario, podía y debía estar en todos los sitios donde luchan, trabajan y combaten sus compañeros, padres, esposos, hijos y hermanos; la mujer, que venció el terror del ridículo, el terror del infierno, el *parece mal* burgués, para reivindicar sus derechos y cumplir sus deberes en la sociedad, de que es uno de los principales factores; la mujer, que transforma una sociedad como por encanto, porque es el alma de los pueblos; la mujer, que más que nadie puede contribuir á la transformación de las costumbres, sin la cual no puede haber transformación del régimen; la mujer, que más que los poderosos ejércitos, puede revolucionar el mundo por el amor, del mismo modo que Cristo lo revolucionó por la bondad; la mujer, la pobre flor abandonada, ya sea la explotada de las fábricas y de los talleres, ya sea la víctima incruenta del egoísmo de los hombres, de la crueldad de los códigos, de

la barbarie de las leyes y de la culpabilidad de los padres, será siempre la madre, que con-substancia la civilización, la musa inspiradora de los hechos ingentes, la amiga, la compañera, la confidente del hombre, la cooperadora ideal é imprescindible en esta obra formidable de emancipación y de solidaridad humana, en que todos nosotros, librepensadores, estamos empeñados. La revolución de 1789 procuró, ciertamente, libertar á la humanidad entera. Mas no lo consiguió. La mitad de la especie quedó en la misma opresión y en la misma esclavitud en que yacía. No hay duda que Mirabeau, en uno de sus famosos discursos, dijo: «Si tenemos con nosotros á la mujer, venceremos.» Fué, sin embargo, un eco aislado, que se perdió en medio de las alucinaciones partidarias, lo que llevó á Olimpia de Ganges, la brillante intérprete de las reivindicaciones femeninas, á formular la defensa de su sexo en los siguientes términos: «Si una mujer puede subir al cadalso, ¿por qué no ha de poder subir á una tribuna?»

No habiendo tenido solución favorable la reclamación del derecho invocado por un grupo de mujeres en 1789, fué aplazada la cuestión y no se agitó nuevamente hasta los años de 1829 á 1830 con las doctrinas *san simonianas* y *fourieristas*, que habían inscripto en su programa la igualdad de los sexos. Los progresos y las transformaciones sociales —decía Carlos Fourier—opéranse en razón del progreso y de la libertad de las mujeres, y las decadencias de orden social opéranse en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres.

En 1848 la cuestión reaparece con el socialismo. Mas vino después el golpe de Estado del segundo imperio. La discusión vuelve á entablarse en 1866, con María Deraisme. De entonces data el moderno movimiento feminista. Los resultados son conocidos de todos.

La enseñanza y la beneficencia.

Dos son las armas de que se sirve la reacción para alcanzar sus perniciosos fines: la enseñanza y la beneficencia.

El resultado de esa enseñanza es aquel á que se refería Waldek Rousseau, en su discurso de Tolón, cuando denunció como un peligro público las dos juventudes amenazadas á no entenderse jamás.

Hay dos partidos y dos métodos, uno enfrente de otro; uno, que se reduce á una sola doctrina, preconcebida y exclusivista; el otro, susceptible de abarcar todas las doctrinas; el primero, fundado sobre la autoridad; el segundo, sobre la libertad; uno, que adopta la ley religiosa, como directora suprema de la vida individual y de la vida colectiva; otro, que proclama la conciencia y la ley civil como reglas soberanas; uno, que convierte al hombre en instrumento, en máquina, en autómatas, y otro, que lo torna en una providencia de sí mismo, por el conocimiento de las leyes de la vida y del Universo, teniendo ambos sus símbolos, que se repelen: la revolución y la reacción.

¿Para combatir el clericalismo, se deberá prohibir la enseñanza, reservando para el Estado el monopolio de la instrucción nacional?

Una gran parte de los republicanos júzgalo indispensable. Los reaccionarios protestan en nombre de la libertad. ¡Que no se sorprenda nadie! Por más extraño que el caso parezca, siempre los reaccionarios protestan en nombre de la libertad contra todas las reformas verdaderamente liberales. Si se trata de educación, por ejemplo, los clericales no dejan nunca de reclamar, y siempre, desde luego, en nombre de los inmortales principios, la libertad de enseñanza, esto es, la plena licencia de deformar y atrofiar el cerebro de los niños. ¿Quieren que les reconozcamos el derecho natural de abrir la escuela en que se imponen conceptos preconcebidos? ¿Por qué no hemos entonces de reconocer, con la misma coherencia, la libertad de abrir escuelas donde se den enseñanzas contrarias al criterio científico, por más irracionales que sean? Con la misma lógica podríamos igualmente decir: «la peste es una terrible calamidad, mas la libertad impídenos tomar contra ella precauciones profilácticas». Y que no vengan á objetarnos: «es una manera de ver; esa gente tiene su opinión, como usted tiene la suya; ambas son igualmente respetables. No, no se trata de una opinión. Trátase, por el contrario, de la ausencia, de la negación formal de toda opinión y de la prohibición absoluta de raciocinar. Razón y libertad son dos términos inseparables, prácticamente sinónimos.

Desenvolver la razón de un hombre es aumentar su libertad.

Combatir la enseñanza clerical es defender la razón, es defender la libertad.

No es, pues, en nombre de la libertad como podemos dejarles el derecho de la enseñanza. Al contrario, en nombre de la libertad lo debemos prohibir. La libertad de enseñanza, en este caso, sería la tiranía sectaria, la libertad del crimen. Lo que queremos, lo que reclamamos, empleando la frase de un ilustre maestro, cuyo estudio hemos seguido escrupulosamente, es la enseñanza de la libertad.

Los clericales invocan la tolerancia. Para responderles, nos bastaría recordar las palabras de Lamennais: «La tolerancia es una violación de la ley divina»; y añadir con Julio Ferry, que «no puede haber tolerancia para con los intolerantes.»

No obstante, instituir el monopolio de la enseñanza, ¿no será contradecir los principios democráticos que combaten todo privilegio, cualquiera que sea el aspecto que revista?

Así sería de hecho, si tomásemos tal monopolio en el sentido riguroso y económico de la palabra.

Monopolizar la enseñanza no es acapararla en provecho de una clase ó de determinados individuos. Monopolizarla, en este caso, es lo mismo que subordinarla á la ley de la evolución, convirtiéndola en un factor de progreso. Para admitir la libertad de enseñanza sería preciso suponer que el niño es libre, pero no lo es; sólo poco á poco podrá serlo, á medida que la razón vaya despertando y desenvolviéndose. El fin superior de una enseñanza honrada consiste justamente en enseñar á los niños las condiciones y el uso de la libertad.

Todos los filósofos del siglo XVIII, Montesquieu, Voltaire, Rosseau, Diderot, Bernardín de Saint Pierre, Helvetius, estuvieron conformes en reconocer que se hacía preciso secularizar y nacionalizar la enseñanza. Inspirándose en estas ideas los hombres de 1789, casi todos reclamaron una educación nacional. La Asamblea constituyente inscribió, inmediatamente después de la Declaración de los derechos, el siguiente principio: «Será creada y organizada una instrucción pública común á todos los ciudadanos.» La Constituyente y más tarde la Convención (art. 120 de la Constitución) pronunciáronse formalmente por el llamado *monopolio*. Monopolizar la enseñanza era, en opinión de los convencionales, *nacionalizarla*.

¿Que urge, pues, hacer?

Urge suprimir la vieja escuela; urge suprimir el prejuicio, el preconcepto, el fanatismo, la superstición; urge crear un espíritu nuevo, que ilumine las conciencias, en armonía con las necesidades y las aspiraciones de nuestra época; urge crear la escuela obligatoria y gratuita, la escuela-taller; urge crear la escuela laica; urge crear la escuela cívica, que constituye la fuerza, la soberanía de pequeños países, como Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda.

Urge transformar la beneficencia, que los clericales redujeron á la noción estrecha y metafísica de la limosna, en una manifestación de solidaridad humana, de modo que, en vez de ser facultativa, graciosa, personal, se convierta en acto obligatorio, en deber social.

El fin de la asistencia, así comprendida,

consiste en la regeneración del hombre y de la mujer, que las vicisitudes de la suerte arrojarán al vicio, á la miseria y muchas veces al crimen.

Y en nombre de ese espíritu nuevo, hecho de luz, de amor, de bondad, de tolerancia, de libertad, de justicia, de solidaridad; espíritu que condena y rechaza todas las ficciones constitucionales, todas las mentiras clericales y todas las Bastillas; espíritu que condena y repele todas las leyes de excepción; espíritu que condena y repele el dogma en materia religiosa, el privilegio en materia política, los sindicatos, los monopolios y la ganancia sórdida de los usureros de la Hacienda en materia económica; en nombre de ese espíritu nuevo, espíritu redentor, yo celebro el advenimiento de la escuela laica, de la asistencia laica, de la secularización de todos los servicios públicos, como medio de emanciparnos de las tutelas infamantes que nos envilecen y deshonoran.

Y en nombre de ese espíritu, yo aclamo la consolidación definitiva de un poder laico, fundado sobre la justicia; de un poder que, según la frase profunda de Berthelot, establezca las *bases humanas de la moral*.

Los Congresos y sus resoluciones.

Los Congresos del libre pensamiento, cuyo fin es secularizar la sociedad, pueden ser nacionales ó internacionales. Los Congresos internacionales discuten la tésis, mántiéndense en el dominio de la doctrina y de la filosofía, y sus conclusiones son únicamente meras aspiraciones, porque no tienen facul-

tades legislativas. Los Congresos nacionales deben discutir antes las hipótesis, esto es, lo que sea oportuno, posible y mediata ó inmediatamente realizable. Hay, no obstante, una base común á los dos, que es la ciencia moral, que está en la cumbre de la jerarquía de las ciencias y descansa sobre la sociología.

Augusto Comte nunca perdió de vista la constitución de la ética y Herbert Spencer consagróla una parte de sus esfuerzos. La teología fundaba la moral sobre la revelación. Nosotros rechazamos la revelación y las autoridades que nos la quieren imponer y fundamos la moral sobre la organización de las sociedades modernas, haciéndola entrar en el dominio de las leyes del Universo.

Las concepciones morales divergen en consonancia con las concepciones sociológicas. Según se tome como realidad el todo, esto es, la sociedad, ó según se tornen reales sus miembros, así tenemos el altruismo ó el egoísmo, siendo de observar que, en todos los conceptos y en todas las manifestaciones nunca puede abstraerse enteramente el altruismo por no poderse tampoco abstraer de la humanidad, que es todo lo que vemos y que nos asombra por su iniciativa y sus progresos.

El ideal es establecer el equilibrio entre el altruismo y el egoísmo. Sólo el libre pensamiento lo puede conseguir por la realización de la ética.

La divisa del libre pensamiento es la frase del poeta latino: *Nihil humani a me alienum puto*. Nada que sea humano me debe ser extraño. Y esto comprendieron nuestros afectuosos compañeros, confeccionadores del pro-

grama del primer Congreso que se realizó en Lisboa, que muchos hallaron demasiado complejo, pero que probó, por parte de sus autores, el reconocimiento de que hay una trabazón lógica y necesaria entre todos los ramos del saber humano, lo que constituye la Enciclopedia nueva de Héctor Denis. Toda la ciencia reviste hoy un carácter enciclopédico.

Lo que se determinó, pues, en el primer Congreso, es que la Ciencia es sólo una, como la Verdad.

Que el progreso de la civilización determinó una distinción cada vez más profunda entre el orden civil y el orden religioso, entre clérigos y legos.

Que la separación de la Iglesia y del Estado, tarde ó temprano, ha de imponerse, porque está en la corriente de las ideas modernas, que nadie tiene el poder de contrariar. La separación es el resultado inevitable de la secularización de los Estados contemporáneos.

Que la secularización de la sociedad es el único medio jurídico de sustraer el niño y la mujer á la influencia perniciosa y nefanda del ultramontanismo.

Que hay dos grandes poderes en el mundo: la Ciencia y el Trabajo.

El problema internacional está subordinado al problema político, y éste, á su vez, al problema social. Dos problemas se imponen, pues, á nuestra civilización—ó los resuelve ó muere—el problema de la justicia social y el problema de la justicia internacional.

Siendo el libre pensamiento internacional, hace parte integrante de la cuestión social.

El libre pensamiento es *laico, democrático y*

social, quiero decir con esto que rechaza, en nombre de la dignidad de la persona humana, el triple yugo del poder abusivo de la autoridad en materia religiosa, del privilegio en materia política y del capital en materia económica. Las resoluciones de los Congresos internacionales son por demás claras.

Los librepensadores, considerando que la educación sectaria es un obstáculo al desenvolvimiento del pensamiento humano, afirman la laicidad de la escuela; considerando que la religión es una cuestión íntima de las creencias y de las conciencias, afirman la laicidad del Estado; considerando que las autocracias basan sus derechos en el principio hereditario y en el origen divino, afirman la necesidad de la democracia, como sistema civil y laico de la organización política de todos los países, y como medio de alcanzar un mejoramiento social que asegure el bienestar de la Humanidad.

El libre pensamiento es racional, social é internacional. Es racional (la propia palabra lo dice), porque es la organización lógica del pensamiento. Hay un orden natural en el dominio de las ideas, como hay un orden natural en el dominio de las cosas. Es social, porque, libertando al hombre del dogma, lo aproxima á sus semejantes por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, sustituyendo lo sobrenatural por lo natural y lo divino por lo humano. Y es internacional, porque siendo la conciliación de las variedades, es también la de las patrias, como escuelas de la Humanidad.

El libre pensamiento es, pues, uno de los aspectos de la cuestión social, como lo son el

feminismo, el socialismo, el anarquismo, el militarismo, el pacifismo y el federalismo. Los progresos son solidarios. Entre estos diversos aspectos hay un encadenamiento lógico; por eso la cuestión social se basa sobre las reivindicaciones humanas.

En Fontainebleau, con motivo de la primera abdicación, Napoleón decía: «Morí, porque quise oponerme al espíritu del siglo: otros muchos murieron de la misma muerte. No fueron los ejércitos los que me destronaron, ni los soberanos aliados, ni los esfuerzos extraordinarios de la Inglaterra, sino los progresos de las ideas liberales. Si yo las hubiese adoptado hace cuatro ó cinco años, habría consolidado mi poder para siempre.»

Antes de partir para la isla de Santa Elena, donde hubo de sepultar sus sueños y sus ilusiones de mando supremo, algunos amigos procuraron facilitarle la fuga en el primer barco de vapor que acababa de construirse.

Napoleón, siempre incrédulo en las ideas de progreso, negóse. A mitad del viaje, alguien mostróle á lo lejos, navegando en pleno océano, el vapor que le había sido ofrecido, y que podía haberle salvado. Mas ya era tarde.

Hay corrientes en el mar, como hay corrientes en la sociedad.

¡Ay de los que pretendan contrariarlas: serán fatalmente sumergidos por ellas!

Fué lo que sucedió á Napoleón, y es lo que sucederá á todos los que pretendan oponerles resistencia, por más fuertes y poderosos que sean.

¡Muchos otros morirán de la misma muerte!

HE DICHO.